

LOS ULTIMOS GIGANTES DEL MUNDO: LAS ENORMES GENTES DE LA PATAGONIA

Por
Alejandro Carrión

Los gigantes habitaron siempre en la mente de la humanidad, y en los años oscuros la llenaron de terror, un terror más entre tantos. La Biblia, al hablar de Goliath, los volvía indudables. Las leyendas más viejas de cada país sostenían en abundancia. Las novelas de caballerías, refugio de las horas vacías de la Edad Media, tenían más gigantes que letras. Y cuando un espíritu burlón jugaba con la vida y la sociedad, allí estaba Gulliver convertido, de pronto, en gigante. Cuando los exploradores salían a agrandar el mundo, en sus relatos al regreso los gigantes siempre estaban presentes.

No extraña, pues, que los antiguos cronistas españoles hablen con cierta frecuencia de los gigantes de América, con absoluta fe, y que también lo hagan serios historiadores. Pero los únicos que aseguraron haberlos visto, hablado con ellos y capturado siquiera por pocos días fueron los valientes navegantes que buscando el estrecho llegaron a la Patagonia. Uno de los más serios historiadores españoles, el Padre José de Acosta, en su "Historia Natural de las Indias" (lib. 7, Cap. 3) asegura que los chichimecas, indios de México, eran gigantes "que arrancaban las ramas de los árboles como nosotros deshojamos lechugas". El Padre José Torrubia, en su "Historia Natural Española", que se publicó en 1754, nos cuenta el hallazgo de un esqueleto de gigante, de 96 pies de alto, en cuyo cráneo cabían 20 libras de harina. Pesáronle un diente y dio 15 libras y su antebrazo tenía tres pies de largo. El Padre Juan de Velasco, en su "Historia Antigua del Reyno de Quito" asegura que "Manta fue a principios de la era cristiana el teatro de la espantable raza de los gigantes" y da detalles de algunos enormes esqueletos y huellas encontradas.

Puede parecer hoy infantil la fe con la que los españoles de la conquista y sus compatriotas que allá se quedaron aceptaban la existencia de gigantes en las nuevas tierras. Hay que recordar que se habían criado leyendo "Amadís" y "Tirante el Blanco" y otras novelas de caballerías en las que los gigantes son cosa común y corriente, y habían sido educados en la fe y reverencia del Viejo Testamento, donde el espantoso gigante Goliath cae gracias a la puntería y el valor del pequeño pastorcito David. De Amadís y Tirante se podía dudar, pero del Viejo Testamento no, porque es palabra de Dios. Así que no hubo obstáculo mental alguno para que Fernández de Oviedo, en su "Historia Natural de las Indias" nos diga que la costa a ambos lados del Estrecho de Magallanes, está habitada por gigantes llamados "patagones" por sus grandes pies, los mismos que tienen una estatura de 13 palmos (o sea 2.73 m.) grandísima fuerza y tanta velocidad en la carrera que el más veloz caballo no los consigue alcanzar. Téngase en cuenta que la altura ya se ha moderado: del gigante del P. Torrubia, de 93 palmos al de 13 del historiador Fernández de Oviedo hay considerable distancia. Esos gigantes, naturalmente, comen carne cruda y cada bocado que engullen es de dos o tres libras.

Pero el historiador no estaba inventando, al contrario, se basaba en el testimonio de los navegantes que fueron los primeros en cruzar el Estrecho. Maximiliano Transilvano, que acompañó a Magallanes en la Nao Victoria, escribió que "vieron en las cercanías del paso interoceánico algunos indios...los cuales eran de muy valientes cuerpos, como gigantes". Añade que llegaron a capturar tres de aquellos "espantosos gigantes indios", dos se les escaparon poco después y uno se les murió, por "no querer

comer ni beber, como es costumbre de las bestias bravas". Por eso no lo pudieron mostrar en España, como era su intención.

No solamente Transilvano habla de gigantes al regreso del primer viaje alrededor del mundo. Lo hace también Antonio Pigafetta, otro de los navegantes. Escribe: "Vimos cerca de la playa (en la Tierra del Fuego) un hombre que era tan grande, que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo". Añade el italiano que "las mujeres no son tan grandes como los hombres, pero, en compensación, son más gordas. Sus tetas colgantes tienen más de un pie de longitud ... Nos parecieron bastante feas, sin embargo sus maridos se mostraban muy celosos". Y, a mi modo de ver, tenían razón en mostrarse así, porque los marineros de Magallanes llevaban meses encerrados en las pequeñas naves y para una buena hambre, ya se sabe, no hay pan malo.

Pero Enrique Ruiz Güiñazú, el gran historiador del Estrecho, nos pone en guardia contra Pigafetta. Óiganle ustedes. "Era sumamente fantasioso; hablaba de mujeres que quedaban embarazadas por el viento, de pájaros que transportaban búfalos y elefantes y otras maravillas imaginarias". El señor Andrade Reimers, nuestro distinguido historiador, en su libro "la verdadera historia de Atahualpa", nos previene contra las exageraciones y mentiras de los conquistadores, que en sus cartas y relaciones querían deslumbrar a sus compatriotas de la Península y obtener de los reyes grandes beneficios.

De modo que descartemos a Pigafetta y sospechemos de Transilvano y de los demás cronistas. Juan de Aréiza, un clérigo que en la gesta de Magallanes estuvo junto a Eleano, le contó a Fernández de Oviedo que "los patagones son hombres de 13 palmos de altura. (O sea 2.73 m.) y sus mujeres lo mismo...y cuando algunos de los marineros consiguieron abrazarse con aquellas mujeres, no llegaban sus cabezas a sus miembros vergonzosos... y ellos no eran pequeños hombres, sino de buena estatura de cuerpo". Como ustedes pueden verlo, los gigantes tenían cierta razón en estar celosos, y en ello no anduvo mintiendo Pigafetta. El Comodoro Byron dio la vuelta al mundo en 1766 y al publicar su relato, acompañado de famosos dibujos, otorgó carta de naturaleza mundial a los gigantes de la Patagonia. Dice allí que "los patagones son hombres agigantados y nosotros (los navegantes ingleses) nos asombramos de su talla, porque aun sentados venían a ser tan altos como nosotros en pie". Y precisa además que "los de mediano porte tendrían como 8 pies y los mayores 9 y algo más. Es verdad que nosotros no los medimos con regla alguna fija, pero tenemos motivos para persuadirnos de que más bien hemos disminuido que exagerado su altura". Esas medidas equivalen a 2.43 m. para el de "mediano porte" y 2.73 m. para "los mayores".

El Comodoro Byron no tuvo la precaución de medir a los patagones con "alguna regla fija", pero cree que no exageró, sino que disminuyó su estatura al decir que medían todos más de dos metros. Pero durante la expedición de Alejandro Malaspina y José de Bustamante -que fue en 1789, mientras la de Byron fue en 1766- sí los midieron, escrupulosamente". Lo dice Antonio Trova y Arredondo, que escribió la "relación" del viaje, que también fue alrededor del mundo. "Aquellos naturales eran de una talla y corpulencia muy superior a los europeos, aunque no deben pasar por gigantes. El Cacique Junchar, medido escrupulosamente por el médico del barco, doctor Antonio Pineda, tenía de altura 6 pies 10 pulgadas y la anchura de sus hombros era de 22 pulgadas y 10 líneas". Esta medida da una estatura de 1.91 M.

Y aquí reside parte de la cuestión. La medida de Byron, 2.73 metros, da un gigante. La medida del doctor Pineda, 1.91 metros, da un hombre alto, algo así como el lng. Rodolfo Baquerizo pero no un gigante. Sin embargo, una vez que el Comodoro vio sus gigantes, ya todos los navegantes que pasaron por allí los vieron también. Me

refiero a los ingleses, franceses, holandeses, tudescos como John Purnety (1769) o FitzRoy (1802) y mil más y los dibujaron a toda fantasía. Y como el cura Arézagá había ya referido que vio indios patagones que traían a cuestas una danta que habían cazado, de 55 kilos, como si fuese una pluma y que los vio comer un bocado de carne de dos libras y beberse "un cuero de agua que cabía dos arrobas y era suficiente para aplacar la sed de tres cristianos y aún sobra", ya se puede conjeturar las portentosas hazañas que se contaron de los patagones.

Sin embargo, la gente seria existe también y desde tan antiguo como la "fantasioso" cuyo tipo son Pigafetta, el cura Arézagá y el comodoro Byron. En 1526, por ejemplo, tuvo lugar la expedición de García Jofre de Loaysa y Juan Sebastián de Elcano y su cronista Andrés de Urdaneta escribió que "trajeron un patagón al que le dieron de comer y beber" cuando estaban por cruzar el Estrecho: "Era grande de cuerpo y feo y vestido de una pelleja", pero no dice que fuese un gigante. Está su testimonio en la historia de Fernández de Oviedo.

El Almirante Juan Ladrillero, que cruzó el Estrecho en 1555, escribió en su Relación: "Las gentes de la boca del Estrecho ... son bien dispuestos de cuerpo, así los hombres como las mujeres, son soberbios y de grandes fuerzas y las mujeres bastas de rostros. Los hombres muy sueltos". Más adelante precisa: "Son grandes de cuerpo así los hombres como las mujeres y se visten de cueros de lobos marinos". No hay nada que indique que esos hombres sean gigantes.

Pedro Sarmiento de Gamboa en la Relación de su primer viaje al Estrecho, según referencia de la historia del P. Acosta (1590) dice que, en la Isla Grande de la Tierra del Fuego, los naturales del lugar que eran gente grande, comenzaron a dar voces y a saltar hacia arriba". El Alférez Gutiérrez de Guevara, que estaba con él, fue a tierra con otros marineros y pudo coger a uno de esos hombres, que llevaron a la nave "y asiéndole apenas lo podían tener". Añade que "lo subieron a la nave y era crecido de miembros". Más adelante el propio Capitán Sarmiento habla de "Felipe el indio grande", con quien ya nos entendíamos". Pero no dice que fuera un gigante.

Diego de la Ribera, otro de los compañeros de Sarmiento, le contó al Padre Acosta que en el cabo de San Gregorio subió a la nave una 11 embajada de indios" que sabían decir "Jesús, María, cruz, capitán", a los que agasajaron dándoles peines, cuentas de vidrio, un bonete colorado y un espejo. Y "el gran indio, por nos hacer fiesta, tomó una flecha de cuatro palmos de larga y se la metió por la boca hasta que las plumas se escondieron en ella y después la tornó a sacar, cosa la más espantable que se pueda imaginar, y luego se dio la gran palmada en el pecho, que sonó como un pandero y tras eso dio un gran salto y gritó con una voz terrible y quedó muy alegre y se vino y me abrazó". "El gran indio", el tragaflechas, no es en manera alguna un gigante: de otro modo, ello habría sido lo primero que dijese Diego de la Ribera.

Hay muchos cronistas de los primeros cruces del Estrecho que nada dicen de la estatura de los indios que vieron y trataron lo cual significa que los hallaron de estatura normal y hay otros que expresamente hicieron constar esa "normalidad". Así, el capitán Juan de Mori, de la expedición de Simón de Alcazaba (1526) le contó a Fernández de Oviedo que ellos capturaron seis indios, que les resultaron mansos y cooperativos. No dice nada acerca de su estatura. Lo mismo el marinero Cristóbal de Rayzen, cronista de la expedición de Gutierre de Vargas Carvajal y Francisco de Camargo (1539). El escribano Juan de Cárdenas, cronista de la expedición de Juan Bautista de Pastene, enviada por Pedro de Valdivia en 1544, dice que "en llegando a tierra estaban cerca del agua hasta doce indios e indias, que nos dejaron llegar a ellos", y nada dice de su estatura. Igual cosa Rodrigo de Quiroga, que también estuvo en ella y escribió una "Relación" propia.

El escribano Miguel de Goyzueta fue con el Almirante Juan Ladrillero, en la nave que mandaba el General Francisco Cortés, y cuenta que un día que estaban en un bote explorando la costa, "se les acercaron unos catorce indios armados de lanzas de madera y puñales de hueso de ballena, vestidos con pellejos de lobo marino, trayendo sus vergüenzas afuera como animales", y no dice nada de su estatura, lo cual significa que la tenían normal y corriente.

Los hermanos Nodales -Bartolomé García de Nodal y su hermano Gonzalo- cruzaron el Estrecho en 1618 y hallaron indios que sabían decir "Jesús, María". No dicen que fuesen grandes, sino "muy apersonados", sin barbas y muy buenos para correr y saltar. El Padre José de Quiroga, con sus compañeros, todos jesuitas, que fueron con ellos, se quedaron en la Patagonia para evangelizar indios a partir de tan lejana fecha hasta que el rey Carlos III los expulsó en 1767. Los indios que encontraron y evangelizaron con éxito eran los mismos de hoy, sin sombra de gigantes.

Cosme Damián de Churruca y Ciriaco de Cevallos relataron la segunda expedición de Antonio de Córdoba en 1793 y hallaron a los indios muy amistosos. Dicen expresamente que "su estatura es igual a la común de los países meridionales de Europa", y hacen la mejor y más detallada descripción de ellos.

Ahora bien: la contradicción entre los que hallaron indios no gigantes pero sí de muy alta estatura, de más de un metro noventa y los que los encontraron de "la común estatura de los países meridionales de Europa" se concilia cuando Hernán Alonso, piloto de Pedro Sarmiento de Gamboa le dice al Padre Acosta que "los indios que habitan a la banda Sur (del Estrecho) son chicos y ruines y los que habitan en la banda Norte son grandes y valientes". Eran, pues, dos pueblos diferentes que no se avenían, como lo dice Pedro Sarmiento de Gamboa en su propio relato: "Desde la mar vimos humos en la costa de una isla y los indios que llevábamos a bordo comenzaron a llorar diciéndonos que allí vivían unos grandes hombres que tenían flechas y peleaban mucho, instando a que los españolas desembarcasen y los mataran". En otra ocasión los visitaron unos indios con un presente de carne de lobo marino que resultó rancia y "viéndose desde la nao humos en la ribera dieron a entender que huían de unos gigantes muy poderosos, con quienes tenían guerra".

Por último, para añadir a las medidas calculadas por Byron y tomadas escrupulosamente por Pineda, tenemos las que tomó don Antonio de Córdoba, Almirante de la expedición exploradora de 1785, quien halló que los indios habían cambiado mucho -la influencia evangelizadora de los Padres Jesuitas, sin duda-: tenían caballos, eran buenos jinetes, usaban boleadoras para cazar, hablaban algo de español y... ¡sabían el uso de la cuchara y el tenedor para comer! "El que parecía Jefe -dice el Almirante- era hombre de estatura normal, pero su compañero medía 6 pies pulgada y media". Esto nos da 1.94 m., 3 cm. más que la medida de Pineda: aún no tenemos un gigante, puesto que consideramos tal a quien pasa de los dos metros. El resto de los 65 indios que visitaron al Almirante "eran de estatura normal". Me parece que a ese tiempo los patagones "ruines" y los altos ya no se hacían la guerra: siguiendo las viejas reglas de la vida se habían convenido a vivir juntos y se había mezclado y los "ruines", como en todos los lugares del mundo, habían comenzado a ser mayoría. Actualmente, por lo menos en la Patagonia, lo son: ya no hay "grandes hombres". Y, desde luego, nunca hubo gigantes. Los que tal cosa atestiguaron, o los vieron así de miedo, o los exageraron para asombrar a quienes leían sus relatos. Una vez más tiene razón en sus conjeturas el señor Andrade Reimers.